

STELLA DIAZ VARIN

TIEMPO, MEDIDA
IMAGINARIA



EDICIONES DEL GRUPO FUEGO

SANTIAGO DE CHILE

Inscripción N.o 21160

OBRAS DEL AUTOR

RAZON DE MI SER, 1949 (Tipografía Chilena, agotado)

SINFONIA DEL HOMBRE FOSIL, 1953. (Ilustrado por Luis Viveros Jacques, agotado).

STELLA DIAZ VARIN

TIEMPO, MEDIDA
IMAGINARIA



SANTIAGO DE CHILE

EDICIONES DEL GRUPO FUEGO

*Sí; también a vosotros,
amigos míos, os espantará
mi salvaje sabiduría y
acaso os pongáis en fuga con
mis enemigos.*

(Así hablaba Zaratustra)

FEDERICO NIETSCHE

PROLOGO

—La luz es cosmopolita, dijo mi proveedor. Y vertió su vino sobre mi falda azul. Pero era tarde, como suele ser cada vez que alguien trata de comprobar su pensamiento. Así fue cómo mi falda quedó siempre azul, de un tono mayor apagado.

—Es usted inquebrantable, amigo mío. Vea cómo danzan esos cuatro tigres sin ninguna rebeldía sobre la alfombra del salón.

—¿Quisiera usted dejar de dominarlos? Si dominara usted sus impulsos, si desistiera de demostrar la existencia universal de la luz, su sombra, dejaría de vagar alrededor de mí y, quizás, si me pareciera bello contemplarlo desde el fondo de mis ojos.

—Haga usted el favor, alcánceme mis cigarrillos y deme otro topacio para saborear la médula de ese poeta recién muerto.

—No sé por qué no encuentro nada gustoso este extracto de médula de poeta, consagratorio... y consagrado.

—La culpa es suya, querida Carot. Siempre quiere saborear extrañas combinaciones.

—No puedo negar que me ha hecho usted un honor al nombrarme su proveedor principal. A pesar de que siempre me he distinguido por cumplir con verdadera eficiencia sus deseos, la verdad es que jamás usted ha quedado satisfecha.

—Amigo mío, señor proveedor, podría influir en el ánimo de esos cuatro tigres para que abandonen la sala.

Desde que abandoné la costa para venir a vivir entre sociedades secretas, no me siento bien, siento hasta pequeñas palpitaciones. Tal vez deberíamos dejar esta velada para otra ocasión.

—Escuche, usted. Me parece que ahora es imposible, si no me equivoco, llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—¡Oh! Prodigioso. ¿Cómo es que ha resuelto entrar en mi casa, señor merodeador nocturno? Me había acostumbrado a presentirlo. Cuando el sueño, a veces, me apremiaba y cambiaba de traje para dormir, creía presentirlo. Creía sentir sus uñas rasgueando la celosía. Dipuesta a encontrar su figura de fosforescencia verde clara, no encontraba nada más que sus dientes castañeteando en la ventana.

—Vea. Aquí tengo un regalo para usted. Esta pequeña y aparentemente inofensiva arma infantil, un lanza piedras. Ahora que ha resuelto entrar en mi casa, no habrá necesidad de hacer uso de ella.

—Pero, ¿qué ha hecho usted de su ojo adicional? ¿No tenía usted un tercer ojo de emergencia?

—No me interesan las manos superpuestas. Nunca olvidaré el agravio que me causa con su descuido.

—Además, no ha llegado usted solo. ¿Se acompaña de jóvenes doncellas para impresionar?

—¿Toma usted del jardín de cualquier casa una joven sentada entre los alhelíes y la lleva a casa de sus conocidos? ¿Es ésta una actitud irreprochable?

—Me ha desilusionado usted. Tenga la bondad de retirarse.

—No.

—No se lleve a su joven acompañante, ella será testigo...

—Señor proveedor, haga salir de la habitación a esos cuatro tigres. Señorita, ponga en esa copa este trozo de topacio. Me parece marchito y ha perdido su sabor original.

Ahora los fabricantes de pastillas han perdido su maestría igual que los antiguos fabricantes de bolitas de vidrio...

—¿Recuerda usted cuando el arco iris se encerraba en un vidrio transparente y girando jugaba a que era agua redonda? Pues ahora, nadie quiere saber nada con el arco iris; vive en la tiniebla más absoluta, pasará mucho tiempo antes que alguien pueda desagraciarlo. Se ha sometido al exilio más doloroso; y es porque a nadie le interesa el color de la luz.

De la misma manera, el agua miel y el topacio han desplazado al verdadero extracto de médula de poeta. Ya parece imposible vivir entre tantos falsificadores.

—Desgraciadamente el don de la palabra, es ahora atributo de gentes menores. Reclame usted y la expulsarán de las sociedades secretas más irresponsables...

—¡Mi querida Carot, si continúa comprometiéndome con sus inconformismos, no proveeré a usted de nada. No tendrá más tigres bailarines, ni topacios aunque desabridos. Me negaré a proveerla. Será expulsada violentamente de las sociedades secretas —“entidades respetables” —se apartarán de su ventana los merodeadores nocturnos; yo me encargaré que así suceda. Conocerá mi verdadero poder. Me ha humillado demasiado. Nadie quiere saber, por último, si carece de ombligo; para eso se inventaron los cementerios. Cada cual tiene derecho a enterrar su vergüenza, su podredumbre.

—¿O acaso ha visto usted un cadáver entretenido mientras se le observa cómo se deshace?

—Esto es sagrado. Digno de respeto.

—¡Inaudito! Usted terminará mal. Yo se lo digo.

—¡Fuera de aquí, usted y esos cuatro tigres!

STELLA DIAZ VARIN

BREVE HISTORIA DE MI VIDA

Comando soldados.

Y les he dicho acerca del peligro
de esconder las armas
bajo las ojeras.

Ellos no están de acuerdo.

Y como están todo el tiempo discutiendo
siempre traen perdida la batalla.

Uno ya no puede valerse de nadie.
Yo no puedo estar en todo;
para eso pago cada gota de sangre
que se derrama en el infierno.

En el invierno, debo dedicarme
a oxidar uno que otro sepulcro.
Y en primavera, construyo diques
destinados a los naufragios.

Así es, en fin...
Las cuatro estaciones del año
no me contemplan, sino trabajando

Enhebro agujas
para que las viudas jóvenes
cierren los ojos de sus maridos,
y desperdicio minutos, atisbando
a la entrada de una flor de espliego
de una simple abeja,
para separarla en dos,
y verla desplazarse:
la cabeza hacia el sur
y el abdomen hacia la cordillera.

Así es
como el día de Pascua de Resurrección
me encuentra fatigada,
y sin la sonrisa habitual
que nos hace tan humanos
al decir de la gente.

CUANDO LA RECIEN DESPOSADA

Cuando la recién desposada
desprovista de sinsabor
es sometida a la sombra.
Sí. A su sombra . . .
Enciende la bujía y lee.

¡Ah! Entonces no es nada
la venida del apocalipsis,
los hijos anteriores enterrados
y un hilo de sangre desprendido del techo.
No es nada ya el océano y su barco
ni la muerte que intuye la libélula
ni la desesperanza del leproso.

Cuando la recién desposada:
Ya no estaré tan sola desde hoy día.
He abierto una ventana a la calle.

Miraré el cortejo de los vivos
asomados a la muerte desde su infancia.
Y escogeré el momento oportuno
para enterrarla.

L A C A S A

Dejaban mi cabellera colgando desde el tronco de la
[puerta como trofeo.

Sin precedente en la historia de los indios manantiales,
y una cuenca abierta,
para la mirada de los ojos indiscretos
colocada a la acera del abismo...

Y esta era mi morada.

Una víbora, encerrada en la jaula,
destinada a cualquier pájaro,
y una piedra caída temporalmente desde la cima,
una piedra nómada en busca de aventuras
servía de puerta, de mesa de comedor...

Qué quereis que se haga con estos materiales.
Nada. Sino escribir poesía melancólica.

Acaso, cuando la noche
se despierte debajo de los murciélagos,
no haya otra cosa sino una sensación,
y a estas vertientes que a uno le aparecen desde el
[fondo de los ojos.

No haya
sino un alud de hijos de piedra,
de hijas de agua
de hijos de árboles.

Entonces escribiré mi biografía
al uso de los poetas indecisos.
Miraré a través de una llama de cobalto
y distinguiré objetos olvidados;
como cuando dormía adosada a la pared
y todo parecía bello sin serlo.
Tomaré una de mis pequeñas flautas colgantes
y entonaré la canción del amor.

*Llevaban las gacelas a enterrar
al unicornio. Mi amigo tomó
mi mano y preguntaba extra-
ñado, por qué todo era de luz.*

Un ángel besa tu frente.
Arrodillado
con un arco iris por pupila
enriqueces el misterio.

Amigo, adolescente,
niño de la palabra;
Solitario, enviado desde tiempos nocturnos
para hacerme olvidar en tu beso
los fuegos explorados.

Tan cerca de tu paso,
y a tu diestra domesticando los solsticios
tan lejos en la ausencia,

tan amado.

Anudando parábolas
detienes el instante de morir.

Del árbol eres y su entraña
y lo que Abril aconseja:
Virtud depuradora de día de otoño
y amor a sabiendas.

Tú, que temes a los alguaciles
y demoras en contestar a los jueces
que no pueden demandar de la luz
ni siquiera un dedal de vino;
tantas veces eterno
tantas veces sólo
con el gesto como una veta de madera.

VEN DE LA LUZ HIJO

Que te ciegue la luz hijo.
Ven de la luz;
Desde donde la pupila sueña
y vuelve atormentada,
como un escombros vivo,
como especie de flor, como pájaro.
Carbón de víscera terrestre,
así como víscera de árbol.

Deja que se ensañe la luz, hijo.
Desciende como los antiguos ángeles,
como los malos discípulos,
ardiendo en su pasión, desheredados.
Así como las fieras, hijo.
Incomprendidas del río, intocadas
absolutas, tristes.

Ese será el día—
—presentimiento que no quise,
tú sabes, los conoces—
que tomaré la forma deseada.

Ojo de estiércol, húmedo;
Aprisionaré tu llama,
tu superficie extraceleste
tu mirada de centro obscuro,
tu trigal;
la tibia voluntad de tu piel
me ayudará y seremos.

Nunca antes pudimos.
Yo era como esas pequeñas fuentes secas.

Desciende, hijo, de la luz;
avisora el espacio,
avisora el horizonte.
La curva que deja el corazón de un muerto,
la mano que se esconde,
la mano que nadie quiso acariciar.

Seremos.
Tú y yo venidos
irremisiblemente;
unidos como dos tallos jóvenes aún;
Queriendo apenas lo que no se nos dio.
Amando

lo que la luz aconseja:
el vértigo, la hondonada, el silencio,
el color de las piedras;
tantas cosas simples y distintas.
Llegaremos a amar la contextura de Dios
tan difusa;
tan perfecta como tus pequeños ídolos.
La madera de Dios
tan bella y roja
como el corazón de los árboles.
Tan bella y roja
como el corazón del veneno.

Que te ciegue la luz, hijo.
Que te atormente.
Ven de la luz, inúndate;
Ten la luz y desmiente la tiniebla.
Ven hijo, arrodíllate.
Cree en los amaneceres.
En la luz son más bellos los ojos de Dios.

N A R C I S O

A Isidro

Estoy ausente de la risa
y de todo lo que los hombres felices poseen.
A medida que la sangre huye como corzo,
a través de todos los paisajes
sin motivo aparente,
como creyendo que las imágenes más remotas
nos silencian el pensamiento;
erguida aún, a pesar de los soles
tan opacos en su raíz.
Me aproximo a tu figura alada,
a tus pequeños vértigos;
y te enseño a mirar
como sólo pueden hacerlo los peces,
en órbitas que tus manos desconocían.
Emerjo —pequeño dios—
desde el vientre más recóndito

para unirte con la distancia, tan precisa.

Tenemos una mirada en común,
y una puerta abierta
para endilgar conversaciones,
apoyados en el dintel y recogidos
como suelen recogerse los abandonados,
dando el pecho a una música antigua
más aún que la vida y la muerte.
Y te rebelas sabido ángel en espera de la caída.

Es el comportamiento
que la verdad prefiere.
Y es así, como vienes y vas
y te envuelves en la luz de viejos astros
para que pueda mirar tu esqueleto,
a sabiendas que no hay nada más hermoso
que el devenir de mar en huesos.

Uno al fin se acostumbra
a que nadie le diga adiós.
Y a percibir el sonido
en la palma de la mano
como los hipocampos
presienten el amor
acariciando sus espinas-vertebrales.

Embellecido en una gota de agua
mirada a través de la sed,
vienes a conocer mis primeras jornadas.

Las vertientes que indujeron a Dios
a unir nieve, corazón de árbol,
hiel, resina oscura,
vacilación, campana, eternidad,
y la noche por ojos.

DEL ESPACIO HACIA ACA, COMO DOS TIEMPOS

La noche,
dislocada como ala de cetáceo herido.
Amortajada siempre que la pupila niegue su orfandad.
Mar ampuloso y de grotesco seno;
cuando la claridad se haga en mí
no necesitaré de vuestra amada boca,
no necesitaré del meloso soliloquio de tu vértigo.

Me tienes, como un pez a su escama,
miserablemente uncida a ti,
llevándote como un niño caníbal al pecho de su madre.
Y no he de desperdiciar hora, para maldecir
tus pariciones de planetas fosforescentes
que vomitas a mi lado sin ninguna delicadeza.

Olvidada como árbol de desierto,

donde trasplanta el viajero su éxtasis sin experiencia,
feliz de abandonar el barco,
deseando encontrar en la tierra
la veta misteriosa de la felicidad.
¡Navegante audaz,
disociador del mar y de la tierra,
venero obscuro será tu camino hacia el infinito!

Quién, si no el olvido,
quién sino la medida de una juventud soslayada
viene en mi ayuda ahora.
Ahora que he aprendido a pronunciar palabras
contra Dios y sus signos
y me arrodillo de hipocresía ante los conocidos.
Cuando en ángulo recto junto a una puerta
espero la palabra de bienvenida.
Y sólo escucho dentro, ruido de vasos
llenos de un vino generoso que jamás probaré...

Hay continentes simples, de un sólo país
con ciudades elementales y casas de un piso
donde podría abandonarme,
y a tientas buscar el ocio y sus virtudes.
Pero el recuerdo tan sólo de tan buscado paraje,
me pinta en la cara un gesto de asco.
—Como si penetrara a la habitación del amor
y me encontrara con tres cadáveres
ante una cena inconclusa de ostras descompuestas—.

CUANDO BAJO DEL MAR HACIA LA TIERRA...

¡Ah, se invierte el invierno en mediodía!
Casi, como viniendo de aguas primeras.
Exabrupto del trébol,
cuatro hojas hacia el viento;
bajo el alero ladran flores oscuras.

Cuando uno desde la mano se aproxima,
ya nada ni el amor parece cosa del demonio.
Sabes que todos esperan algo,
una carta alentadora,
una noche sin dormir.
—Las preocupaciones también
son obra del demonio—.

Y parece mentira.
Bajar desde la cumbre agonizando
como rodado intencional
y caer en la cabaña de un pastor protestante.

Después de todo
eres tan solo
como una perdiz, en busca de sus polluelos.
Nada te conciente sino la planta de cicuta
que todos cortan y siempre vive
porque tiene doble corazón.

Ahora
que ya nada me separa
del sabor que experimenta la hoja
cuando le cae encima la mirada del hombre;
Me despido de la virtud como de una vieja amiga
y existo entre los malhechores,
entre los profanadores de tumbas;
Y soy un dios de carne y hueso
para los espantapájaros.

EPILOGO

Tiempo soberano, eterno y fecundo, como las mieles que saboreo —recuerdo ingrato y dulce— dueño Tiempo, que anuncias la soledad, como ciertas aves la lluvia; monzón, donde clava la espuma su regusto sudoroso de ahogados y vencidos.

Tiempo —marea, yugo y libertad. Cuando colmas la vida de silencio y conminas al ánimo contra la verdadera dicha, que es efímera, cuando en tus ríos, que la pupila desvanece en loco intento de conservación se yerque tu indecisa figura, me basta sólo recurrir a los elementos que la noche aconseja y golpeo tu faz, demacrada por los amaneceres.

Porque he descubierto que, agazapado —amante celoso que acaricia y entretiene mi sueño— lloras sobre la cabellera y te deleitas, adivinando la pupila que mira hacia paisajes que no te pertenecen, porque te dispones a matar.

Aún no me harás besar la tierra, porque me estoy ejercitando como los sauces jóvenes, he aprendido a beber el agua desde los ojos mismos de la tierra y a mirar hacia abajo, sin conocer el vértigo que produce la cercanía de la Osa Mayor.

Para mirarte y comprender tu reputación de seductor, debo mirar a la lejanía de los caminos, donde se bifurcan los caminantes, ajenos a tu poder, hacia la comarca de los párpados entornados.

Así te perderé de vista y no escucharé tus lamentaciones, porque me habré librado de tu presencia.

"Tiempo, medida imaginaria",
de Stella Díaz Varín, terminó de
imprimirse bajo el sello del Gru-
po Fuego de la Poesía, en los ta-
lleres de la Imprenta y Editorial
Atacama, el 5 de junio de 1959.